

SUPLEMENTO FEMENINO

DE

EL BIEN PÚBLICO

Mahón, 15 de Octubre de 1925

Charla femenil

Llegan a mis oídos unas voces que hallan cierto eco en mi corazón...

Las voces gritan expresivamente:

—Escucha, no establezcas diferencias; quiérelas a todos lo mismo; no olvides que la hermana merece iguales afanes que el hermano; piensa que el estudio debe unirlos; que ellos y ellas deben asociarse en los cursos de las Universidades, como viene ya sucediendo en el extranjero. ¡Qué satisfacción para el profesor; un auditorio todo juventud, y juventud de ambos sexos!

El profesor del día sabe lo que no quiso saber el de otros tiempos: que esas jóvenes que trabajan y estudian, estudian y trabajan tan bien como los hombres. Y es más; dice un ilustre escritor francés que «ellas son doblemente sensibles a la alegría de instruirse». Se refiere a las jóvenes que han conquistado un puesto en las Universidades.

¿Verdad, mujeres laboriosas, que tenéis gran prisa por saber, por instruirlos? ¿Y qué es esto, sino una revolución, una amable y redentora revolución? Consecuencias: más moralidad, menos hambre, mayor gloria para el porvenir.

Desapareciendo muchos prejuicios, aparece más dignificada la mujer, víctima de tantas injusticias.

He leído que en el siglo XVII, los individuos de la Academia Francesa, al publicar la primera edición del Diccionario, hacían mención de una ortografía que distingue a los literatos de los ignorantes y de las mujeres. Prejuicio es este que sobrevivió a la filosofía del siglo XVIII, a la misma Revolución; prejuicio que hoy va desapareciendo, para que una verdad se abra paso; verdad muy sencilla, ha tardado mucho en vencer... Verdad acariciadora, encargada de hacer saber a las niñas y a los niños, entre aplausos de alegría y entusiasmo, que tienen una inteligencia completamente igual.

Y sobre todo, y ante ello sí que debemos elevar el alma: una niña tiene, como un niño, un corazón que amará, que se resignará, que sufrirá... ¡Sufrir!

El sufrimiento reservado a la niña es poderoso; hay en el corazón de las futuras esposas y madres gran provisión de lágrimas que esperan la vida; la vida de una verdadera mujer.

La verdad, verdad incontestable, es que la mayor parte de las niñas, como la mayor parte de los niños, necesitarán ganarse el pan de cada día. Que unas y otros, niñas y niños, se asocien para formar reunidos una nueva y poderosa familia. Y si son iguales ante Dios, no deben ser desigualmente tratados en la preparación para la vida que no se opone a que la amenicen ellas y ellos, engalanando no sólo la inteligencia con las galas del saber, sino el cuerpo con las que deban y puedan favorecerlo; esa vida que les traerá lágrimas, muchas lágrimas, que la instrucción, la cultura y el trabajo endulzarán; esa vida que también les dará modas y ador-

nos a modo de pasatiempos y atractivos.

Y con el saber y la cultura, y la dicha de poder ser útil, inculcará a sí mismo ideas de querer y lograr parecer bien; ideas de encantador aliño, envueltas en cintas, trajes y perfumes primorosos. Todo, hasta la sabiduría y la misma amargura, es compatible con la pulcritud.

Y al decir esto, cesaron las voces que habían llegado a mis oídos y que hallaron cierto eco en mi corazón.

SALOMÉ NÚÑEZ Y TOPETE.

La Duquesa de la Victoria

POR REGINA OPISSO DE LLORENS

Mi mesa de trabajo no está como de costumbre cubierta de libros y cuartillas, hoy desaparece bajo un montón de diarios andaluces, madrileños y locales, hoy absorbe mi atención poderosamente, todo cuanto se relaciona con el desembarco de nuestros valientes soldaditos en los inhóspitos acantilados de Alhucemas, y febril y anhelosa y en pleno fervor patriota, elevo mis plegarias al Dios de las victorias, deseándola completa rotunda, a ese ejército nuestro tan aguerrido, tan propenso al sacrificio.

Y sigo leyendo, ávida, la Prensa toda, ya que, como madre de un futuro soldadito, zozobra mi alma ante el temor que toda madre siente por la suerte que pueda caberle al hijo de sus entrañas, tras cuyos hijos tengo por cosa cierta, correríamos todas las mujeres para compartir con ellos los peligros, para cobijar con nuestro pecho a los frutos de nuestros amores.

Y como ello no puede ser así, por razones de fácil lógica y por ministerio de la ley—dura lex, sed lex—, todas las madres, al leer los relatos de las gloriosas aventuras de nuestros soldados, sin olvidar a los que caen en el fragor durísimo de la pelea, pensamos con veneración, con hondo afecto, en esa ilustre dama, la duquesa de la Victoria, que con un altruismo excepcional, con una bondad ejemplar, deja las comodidades de su hogar próspero, para substituir en tierras africanas a las madres españolas, y allá en los hospitales restaña heridas, enjuga lágrimas, derrocha consuelos y prodiga oraciones y se multiplica y se agiganta y acude a donde hay un herido que curar, un sueño que necesite ser velado, una congoja que haya nester de ternuras femeninas, ternuras de madre, ternuras que substituyan a las de la madre ausente.

Y a esa mujer, que la cronista no conoce, es preciso, no tan sólo admirarla, sino venerarla, y toda madre española debe levantar en su corazón un altarcito en que tribute fervorosamente todo su afecto hacia esa mujer, dechado de virtudes, alma generosa, mujer que quizá no sea feminista, pero que es una gloria del feminismo; pues nada puede elevar tanto a éste, como el ejemplo

que irradia de esas santas mujeres, que abandonan sus hogares suntuosos, su vida de recreo, de regalo y mollicie, para recluírse en esos hospitales de sangre donde yacen los hijos que, sin ser suyos, merecen de ella las mejores ternuras.

¡Duquesa de la Victoria, yo te bendigo!... y creo que serán muchas, muchas, incontables, las mujeres, las madre-citas, que lleven en su corazón tu imagen de santa.

La patria te deberá mucho; penderán de tus albos ropajes de enfermera medallas y distinciones; cruzarán tu pecho cordones y bandos, pero todo ello será tan sólo la recompensa oficial que no alcanzará a aminorar el supremo galardón de las madres de nuestros soldaditos, que ha de ser la imborrable gratitud que por ti sienten las mujeres españolas.

¡Duquesa de la Victoria. Dios te bendiga!



LA MODA EN EL CINEMATÓGRAFO
La «star» Mae Murray con un lujoso vestido de «soirée».

La Moda en París

(Servicio del CONSORTIUM DE PRESSE)

París, Octubre de 1925.

Vestidos y abrigos de noche

La parisiense se ha reintegrado a París; ha dejado, bien a su pesar, la casita de campo donde podía soñar y leer para encontrarse de nuevo en el febril ajeteo de la capital. Pero por otra parte no echa de menos las excursiones en automóvil, el golf el tenis y los placeres estivales porque ahora posee la alegría de contemplar las nuevas colecciones. Las mujeres en esta época del año están ocupadísimas, visitan los grandes almacenes, las casas de moda y reflexionan acerca de los modelos que deben encargarse. Las modas se han transformado durante los meses en que nos entregáramos a las delicias campestres, y ahora estamos un poco atrasadas respecto al movimiento actual.

La vida parisiense ha reanudado su actividad. En los estrenos, *vernissages* y comidas nos encontramos con amigos que nos examinan sin indulgencia y se regocijan de la menor falta contra el buen gusto que cometemos. Es

necesario mostrarse tan linda como en la temporada pasada y todavía más joven.

El nuevo corte es favorable a los vestidos de noche. Se vuelve una vez más a la muselina de seda y a los tejidos ligeros y realizados con bordados de perlas. Una de las hechuras más encantadoras es la del cuerpo *fou*, con el talle acusado un poco por debajo de las caderas y la falda formada por dos volantes levantados ligeramente por detrás. Los encajes matalicos constituyen las guarniciones preferidas de las *toilettes* de noche y resultan de un efecto primoroso con la luz artificial. Actualmente se trabaja el cuero con una habilidad en verdad prodigiosa, y se consiguen hacer adornos dorados que parecen hechos con cinta.

Pero sobre todo, se ven galones perlados que cabrillean con la luz artificial. Los fabricantes han creado terciopelos brocados sobre fondo de muselina de seda o de georgette en las tonalidades palo de rosa, verde *chartreuse* y azul espliego con cuyos colores se hacen vestidos adornados de *godets* y frunces. Las capas son muy suntuosas; son dignas de las princesas legendarias. La parisiense de nuestros días que es ante todo deportista no tolera durante el día complicaciones inútiles, pero por la noche le seducen las prendas de aspecto muy decorativo. Se ven capas de *lamé* de oro sobre las cuales aparecen flores multicolores. En este dominio el terciopelo es también el que triunfa; pero es un terciopelo magnífico, mezclados con tejidos metálicos o adornado con pedrería. Muy a menudo, la capa va bordada con piel y suele llevar un cuello de a miño o de *renard* plateado. A veces se emplean las guarniciones de plumas de ave-truz.

Hemos visto en una *soirée* un vestido de raso rosa the guarnecido de galones perlados cristal. La capa era de terciopelo almendra guarnecida con plumas de avestruz del mismo color.

Con gran frecuencia los pequeños *détails* son de los que dan a la *toilette* el verdadero *chic*. No basta llevar un lindo vestido para estar elegante; es necesario también que las joyas, los zapatos y el abanico sean «*dernier cri*» y de un gusto refinado.

Con el vestido de noche se lleva mucho el zapato de *lamé*; el de piel plateada que tanto privó empieza a pasar de moda. Algunos *zapateros* se complacen en mezclar las pieles; los chapines son de charol negro realzado con piel dorada y patinada; otras veces los zapatos son de piel blanca con aplicaciones de piel roja de color vivo.

Nos gusta llevar joyas de fantasía para lucirlas en el teatro y en el baile; nos encanta adornar nuestros brazos con brazaletes primorosos, y llevar junto al solitario brillante, que toda mujer elegante debe poseer, una sortija con una piedra de color. Ello es un efecto un tanto aparatoso y de estilo nuevo rico... pero es la moda...

El cabello corto que armoniza bien por la tarde con el traje sastrero no sienta a la perfección con los vestidos de noche.

Para remediar en lo posible el defecto, se adornan el cabello por la noche con cintas perladas, *aigrettes* o cabuchones que sujetan el pelo y le prestan cierta suntuosidad.

Hemos visto dos lindos tocados de noche. Uno era un galón de plata que sujetaba a un *paradis* verde; el otro consistía en un *bandeau* violeta adornado con un pequeño manojito de flores del mismo color.

Se logra así quitar al corte de pelo moderno un aspecto masculino, y hacer que los tocados de noche sean suntuosos y decorativos.

La moda en París

El progreso del lujo es una de las características de la época actual. En otro tiempo, la moda cambiaba dos veces al año. Ahora se presentan varias colecciones cada temporada y un vestido encargado en octubre ya no es lo que se llama de moda en el mes de Enero. En la cuestión de sombreros la moda va todavía

más de prisa. Las sombrereras crean un nuevo modelo todos los meses; un color priva durante algunas semanas, después cae en la vulgaridad y ya ninguna mujer elegante lo lleva. Claro es que los modistos han estimulado esta necesidad de cambiar, esta prisa para hacernos de lo que nos encanta. Los modelos de invierno nos reservan sorpresas. La línea se modifica sensiblemente; pero sin dejar de prestar a la mujer ese aspecto juvenil del que tanto se enorgullece.

Los *godets* constituyen la gran innovación de la temporada; tienen que ser más bien delgados para dejar a la silueta su esbeltez. Se colocan, según se quiere, delante, a un costado o detrás. El terciopelo será la tela que dominará este invierno. Algunas casas lo mezclan a menudo con crepón de China liso o estampado.

Hemos visto en una de las principales casas de la Rue de la Paix un vestido muy original de crepón estampado; el fondo es blanco con dibujos azul-rey y negro adornado con terciopelo azul-rey. Existen modelos excéntricos que afectan por delante la forma de *fou-*



Vestido de terciopelo negro, adornado con un cuello y adorno de las mangas de organdi blanco, en el bajo borde de piel color oro.

El *reseau* y acusan las formas; generalmente van guarnecidos por detrás con volantes que indican un movimiento en el estilo de 1880.

Los encajes gruesos y las *guipures* que estuvieron muy de moda hace veinte años han vuelto del destierro. El encaje de Venecia, de color ocre, da gran distinción a los vestidos. El cuello redondo y plano resulta en extremo gracioso, y los *jabots* ejecutados con encajes gruesos constituyen un adorno encantador. Generalmente se pone en las mangas la misma guarnición. Se verá también casillos de organdi que formarán con el terciopelo negro un singular contraste.

Hemos admirado un vestido de terciopelo negro guarnecido con un pequeño cuello y adornos de organdi blanco. En la parte inferior lleva un borde de piel rubia oxigenada.

Los abrigos llevan también pliegues y *godets* y suelen estar realzados con tiras de piel. En las nuevas prendas abunda la piel que por lo general es de la misma tonalidad que el terciopelo que guarnecen. En las pieles de conejo y de liebre se ve toda la gama de colorido, desde el rojo hasta el gris plateado. En las guarniciones actuales el *renard* se emplea generalmente para adornar el cuello. Los peleteros han conseguido dar coloraciones insospechadas a las pieles de los animales. El *pétil gris* ha adquirido un tono dorado de un efecto muy grato. Esta temporada la forma de los abrigos se presta a los efectos más caprichosos y originales.

Un vestido de terciopelo, se ensancha, por ejemplo, en forma de abanico, por medio de tiras de foca gris y blanca. Los cuellos son largos y cerrados.

Hemos admirado en un te elegante un encantador abrigo de popalga verde billar guarnecido de piel.

Se ha llegado a trabajar las pieles con un arte extremado. Las guarniciones de piel son numerosas y variadas en los abrigos de día y las capas de noche. Nunca habían adquirido las pieles en la moda la importancia que en la actualidad.

La piel de cocodrilo

La mujer es la contradicción personificada. Ciertos roedores, casi siempre inofensivos, la turban y la asustan. La mujer más decidida y arriesgada porrumpe en gritos agudos y se encarama a la primera silla que encuentra a mano en cuanto ve el más exiguo ratoncillo. La misma mujer, sin embargo, empuñará con eficacia y hará certeros disparos contra un tigre o un leopardo.

Podríamos apoyar nuestro aserto con hechos concretos. Una conocida *sporwoman* parisiense muy popular en los círculos elegantes, y cuyas proezas cinegéticas llevadas a cabo en el Congo y en el Senegal le han valido el dictado de la *primera cazadora de Francia* tiembla como una azogada tan pronto como divisa un minúsculo ratón.

Los reptiles han inspirado siempre a la mujer una profunda aversión y he aquí que ahora recurre a ellos para completar el acicalamiento de su persona. Si recorremos las arterias céntricas de París y Londres, donde radican las tiendas elegantes, los templos y capillas de la moda, situados en el Strand, la Rue de la Paix o el Faubourg Saint-Honoré, veremos en todos los escaparates pieles de reptiles ya convenientemente preparadas para ser, dedicadas a varios usos.

La piel de cocodrilo es la que más miradas atrae. Con ella se hacen primorosos zapatos, bolsos caprichosos, carteritas de un aspecto muy original. Y es curioso comprobar cómo las órdenes de la moda realizan el milagro de modificar los impulsos del instinto. La parisiense, claro es, no discute lo más mínimo, acata en el acto las nuevas corrientes. Pero las damas elegantes de provincias o del extranjero se resisten un poco más aún cuando acaban por aceptarlas también.

En las zapaterías elegantes que se dedican exclusivamente a la confección del calzado a medida, se registran escenas un tanto pintorescas cuando se presenta una cliente provinciana.

— Perfectamente — dice el zapatero después de haber tomado las medidas —; le haremos unos encantadores zapatos de piel de cocodrilo que es lo que más se lleva ahora.

— De piel de cocodrilo? — interrumpe la cliente con una mueca de disgusto. Sin duda piensa en el primer cocodrilo que vio en un parque Zoológico y que le produjo viva repugnancia. Pero el zapatero le enseña unos trozos de piel de cocodrilo. La cliente se tranquiliza al tocarla y darse cuenta de que se trata de una piel suave y grata a la vista...

La provinciana llevará zapatos de piel de cocodrilo...

Y en virtud de la última disposición de la moda a orillas del Nilo y de otros ríos africanos, los negros redoblan su actividad para capturar estos reptiles anfibios llamados cocodrilos cuya piel escamada es símbolo de refinada elegancia a orillas del Tamesis o del Sena.



LA MODA EN EL CINEMATÓGRAFO
La «star» Claire Windsor luciendo un lujoso vestido de noche.

MAXIMAS Y PENSAMIENTOS
Desprecia mientras os dura la vida lo que de nada os ha de servir después de la muerte. — S. Anselmo.

El tajar pierde tres cosas: el precioso tiempo, la hacienda y la conciencia. — P. Gracían.

Sólo el pecado es el verdadero mal, y la causa de nuestra perdición. — San Basilio.

A MODO DE CUENTO

El haz de violetas

Llegué a casa con el haz de violetas que me obsequiaste y que yo prendí con orgullo en el ojal de mi levita. Mi humilde cuarto de estudiante se tornó de pronto en camarín oriental, luego que lo hube colocado en el florero de porcelana azul, único ornato de mi mesa. Allí quedaron como en un torno, húmedas, lozanas y fragantes, las florecillas que atase en manojo con las hebras de tus cabellos; allí quedaron titilando de frío, al contacto del agua que gimió al recibirlas y se desbordó en gruesas lágrimas, tus predilectas, tus consentidas, las violetas que cultivaste con esmero en tu jardín, y que arrancé tu mano más tarde, para que yo las llevase sobre el corazón como un trofeo, y engalanaron mi estancia.

¡Bien hayan estas flores que se arrebuja en chales de esmeralda para ocultarse a los besos de Céforo que a veces acaricia y a veces deshoja; bien hayan estas niñas tímidas que no prestan oído a las lisonjas de sílfos enamorados; bien hayan las violetas que se parecen a tí!

Y cada día las amo más: por la noche abro la ventana de mi aposento para que puedan respirar mejor; el aire penetra en ráfagas silbantes, las columpia con balanceo de hamaca, y azotando las alas en los desnudos muros, las empapa en oleadas de perfumes, y se aleja cantando. Entretanto, ellas duermen; la Luna las baña en tremulante claridad, esperece en torno de ellas su luz de cirio, les da livideces cadavéricas, y mientras derrama en la atmósfera átomos luminosos, y arranca a la vidriera relampagueos, las mira callada, somnolienta, como el Ángel de la Guarda, puesto el dedo en los labios, a los niños que duermen en la cama.

Cuando amanece, las violetas tienen aspecto enfermizo; en vano trato de reanimarlas con el calor de mis besos; ¡están anémicas! Empero repongo el agua del florero, nace el Sol engrandeciéndose, enhebra en las ondas, se tamiza por la enredadera—mulla verde de la ventana—y filtrándose hasta ellas, las baña en menudos chorros de luz, haciéndolas adquirir tersura da raso y lozanía de vírgenes.

Hay momentos en que, merced a una alucinación, me parecen las violetas tan aromadas y tan frescas, como tan frescas y aromadas las de los florestales en primavera. Sin embargo, ¡cuán distintas unas de otras! Aquellas son urnas rebosantes de miel que se disputan rondas de mariposas y emjambres de abejas; aquellas tienen gotas de rocío, donde la luz quiebra sus colores de iris como en las facetas de un prisma; perlas que ruedan lentamente por cada pétalo, como en la mejilla de una niña silenciosas lágrimas... ¿Y éstas? ¡pobrecillas! Aunque aparentemente hermosas, van perdiendo el perfume, que es el alma de las flores...

¡Cuánto amo tus violetas y cuánto lloraré su prematura muerte! Cuando vivían contigo eran felices; ellas me lo han dicho eran felices... ¡Si supieras que son indiscretas! Una noche me despertaron de mi sueño cuchicheos misteriosos, voces ahogadas, eran ellas que se lamentaban de vivir conmigo. Y una decía: — «Oh mis hermanas! cuán triste es vivir lejos del suelo do de brotamos y estar envueltas en esta atmósfera de sufrimiento; sin ver revolotear en torno nuestro al enamorado colibrí, sin sentir en nuestras frentes el beso de las brisas y sin poder perfumar la mano que nos cultivó, ¡ay! aquella mano que nos arrancó para que viniésemos a vivir al lado de un pobre poeta; del soñador por quien suspira... ¡Si ella supiera la suerte que nos ha tocado! Aquí todo es tristeza; ya lo veis: a nuestro lado volúmenes de versos; revueltos sobre la mesa borradores de artículos literarios; y contrastando junto a nosotras, la esfinge de la Muerte—el frío, cadáver donde nuestro dueño y señor estudia anatomía...» Después... cayó la flor, sobresaltado

me senté al borde del lecho, exclamando a solas: «¡Sueño despierto! ¿Conque las flores hablan?»

Yo sé por tus violetas,—mensajeras de tus suspiros y ternezas—que me amas con la pasión infinita del primer amor; que las tristezas se condensan en el fondo de tu alma en nube tormentosa, y que a veces esa nube asciende a tus pupilas para resolverse en lluvia de lágrimas... ¡Si pudiera enjugarlas con un beso! Pero ya llegará el día en que unidos en la soñada casita vivamos felices. No dudo ya de tu cariño, y mientras llega el día en que coloque sobre tu frente, la nivea corona de azahares, espero me obsequiarás nuevas violetas que sustituyan las ya marchitas en mi florero.

JUAN B. DELGADO.

México, 1917.

Cómo debemos adornar las habitaciones

El arte decorativo, que es la gracia y la belleza de la vida, data de la más remota antigüedad. Del mismo modo que los árboles constituyen la nobleza y la distinción de un parque, los muebles y los objetos son como el alma y la elegancia de una casa. Si dirigimos una ojeada al pasado, veremos por ejemplo que durante la época del Imperio había en las habitaciones un verdadero alud de pequeños muebles inútiles; las casas estaban llenas de bibelots, adecuados, naturalmente, al gusto antiguo.

Más tarde llegaron los tiempos del Directorio, en los que se notaba una gran indecisión de espíritu y de gusto en el mobiliario de los palacios y mansiones señoriales. Durante esa época, el adorno estaba inspirado en el desorden, desorden más aparente que real. Esta desorientación del gusto motivó las conocidas líneas de Madame de Genlis; «Los tejidos usados en el adorno de las paredes eran plisados en vez de ser extendidos y lisos, y es porque existía la idea de que representando el plisado un trabajo mucho más considerable, el adorno era, por lo tanto, doblemente magnífico. Como ya entonces se convenía en que la simetría debía desterrarse de los jardines, deduciase que debía desterrarse igualmente de los aposentos, y por eso se disponían los adornos a tontas y a locas».

Tal afectado desorden daba a todos los salones un aspecto ridículo. Pero el pesimismo de Madame de Genlis no fué seguido por muchos escritores de su tiempo, que celebraban, por el contrario, la existencia continua del progreso en las artes, en la actividad de la industria y en el refinamiento del gusto.

En nuestros días el arte de amueblar las habitaciones ha realizado nobles y sensibles progresos. Las personas de buen gusto, muy numerosas entre el elemento femenino, se esfuerzan por dar al salón un cierto ambiente de armonía logrado con sencillez y homogeneidad.

Debemos ante todo preservar nuestra vista de la horrible complicación de los estilos enemigos, de la mezcla de tonalidades diversas y francamente opuestas.

Tampoco podemos admitir una multitud de muebles y «bibelot» que transformen nuestra casa en un grotesco «bric-a-brac». Por el contrario, hay que cuidar de disponer los objetos con sobriedad que es al fin de cuentas la primera condición de la elegancia y del buen gusto.

Hay que dedicar atención preferente al alumbrado, pues éste, adaptado armoniosamente a los colores, crea, por decirlo así, un ambiente apacible y deseable, y por último no debemos olvidarnos de las flores, que dan al marco una peculiar elegancia.

En la vida de una mujer las flores constituyen un complemento indispensable.